



Historia

ISSN: 0073-2435

revhist@uc.cl

Pontificia Universidad Católica de Chile
Chile

SALGADO, ALFONSO

MANUEL BASTÍAS SAAVEDRA, Sociedad civil en dictadura. Relaciones transnacionales,

organizaciones y socialización política en Chile

Historia, vol. I, núm. 47, enero-junio, 2014, pp. 1-5

Pontificia Universidad Católica de Chile

Santiago, Chile

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=33431442012>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

RESEÑAS

MANUEL BASTÍAS SAAVEDRA, *Sociedad civil en dictadura. Relaciones transnacionales, organizaciones y socialización política en Chile*, Santiago, Ediciones Universidad Alberto Hurtado, 2013, 363 páginas.

Sociedad civil en dictadura ofrece una interesante y novedosa aproximación a la dictadura de Pinochet y la transición a la democracia en Chile. Contra la narrativa habitual que enfatiza el rol de los partidos políticos en la lucha contra la dictadura, el joven historiador Manuel Bastías documenta en este libro la paradójica existencia de una sociedad civil exuberante y crítica en el inhóspito contexto dictatorial. Esta sociedad civil, cuya red institucional abarca desde la Vicaría de la Solidaridad hasta la organización de las ollas comunes en las poblaciones, no solo fue capaz de desafiar al régimen, sino de enarbolar un proyecto propio, de participación popular y desarrollo comunitario, frente a los intereses cortoplacistas de los partidos. El principal aporte de la obra –y el argumento central de su autor– es vincular el auge y la caída de esta sociedad civil a las relaciones internacionales y, en particular, al flujo de dinero desde los países desarrollados. El financiamiento de las iglesias cristianas extranjeras, las agencias de desarrollo europeas y los gobiernos de países como Suecia y Holanda, fue “la precondición determinante” para el desarrollo de la prensa alternativa y de las organizaciones sociales en las que halló refugio la población opositora. De la misma manera, el declive de la sociedad civil en la coyuntura transicional se debió a su excesiva dependencia de los fondos extranjeros, toda vez que el cambio de régimen alteró las alianzas internacionales que los activistas chilenos habían establecido durante la dictadura, canalizándose ahora los recursos hacia el Estado.

Sociedad civil en dictadura es una contribución revitalizadora a una discusión académica que, aunque muchas veces apasionada y fecunda, parece estancada bajo los mismos paradigmas de antaño. En el contexto de la literatura reciente, la principal contribución de Bastías es conceptual. Bajo el paraguas de la “sociedad civil”, el libro logra englobar la diversidad de actores –instituciones de derechos humanos, organizaciones de pobladores, sindicatos de trabajadores, medios de comunicación alternativos, etc.– que ha atraído la atención de los estudiosos en las últimas décadas. El concepto de “sociedad civil” le da coherencia a este creciente pero aún disperso corpus de estudios. Bastías, un historiador lúcido, con estudios de filosofía e inquietudes sociológicas, esgrime un elaborado concepto de sociedad civil que, por un lado, la desvincula de la democracia y la ciudadanía política, a la que muchas veces se le asocia erróneamente, mientras que, por otro, trae al tapete los recursos materiales, simbólicos y organizacionales que permitieron a ciertos actores sociales ejercer presión sobre el régimen. En base a esta conceptualización –menos idealista que la de aquellos intelectuales que en los años noventa se maravillaron con la esfera pública habermasiana– se puede sopesar la capacidad que tuvieron grupos e instituciones

específicas para interpelar al sistema político, independiente de la existencia o no del sufragio como mecanismo de participación. Y es también en base a esta conceptualización que Bastías critica los trabajos de polítólogos y sociólogos de los años ochenta, con los cuales está permanentemente en diálogo. Allí donde estos vieron anomia y atomización, Bastías observa una sociedad civil floreciente y multifacética.

El libro se nutre además de una útil literatura teórica-metodológica. Bastías está al tanto de la producción reciente en torno a redes transnacionales, activismo social y teoría organizacional, y no teme utilizar las herramientas que ofrece dicha literatura de talante sociológico para intervenir en el debate histórico atingente. En lo que respecta a las fuentes primarias, la investigación se basa principalmente en documentación de archivos, complementada por publicaciones periódicas y una treintena de entrevistas, que ayudan a entender el funcionamiento interno de las organizaciones sociales en las cuales se centra el estudio.

Siendo este libro el resultado de su investigación doctoral en la Universidad Libre de Berlín, Bastías tuvo la oportunidad de acceder al Archivo del Consejo Mundial de Iglesias, en Ginebra, cuya documentación le sirve de espina dorsal a los capítulos que abordan el lado europeo de la ecuación. El peso del levantamiento empírico recae, sin embargo, en los archivos chilenos. Bastías consultó la documentación de la Comisión Chilena de Derechos Humanos, la Vicaría de la Solidaridad, la Fundación de Ayuda Social de las Iglesias Cristianas, el Museo de la Memoria y el famoso pero infraexplotado fondo Organizaciones Sociales del ARNAD, además de los *think tanks* FLACSO, ECO y SUR. La documentación recopilada en estos archivos se compone, en su mayor parte, de documentos de trabajo, declaraciones públicas y boletines. El lector informado hubiera anhelado, eso sí, una mayor utilización de la documentación epistolar de dichos organismos, la que quizás le habría permitido a Bastías ahondar en la problemática articulación de estas instituciones de alcance nacional con las organizaciones locales de base y las fragmentadas estructuras partidarias, cuestión que concentra buena parte de su interés. El relato alcanza sus momentos más convincentes, de hecho, cuando Bastías cita unas misivas intercambiadas entre la CCHDH y el PDC para ilustrar las tensiones que sufrían los activistas en su doble militancia, social y política¹.

El libro está estructurado en dos partes. La primera aborda el período que va de 1973 a 1983. En ella se rastrean los orígenes de la ayuda internacional y las alianzas que los activistas locales tejieron con distintas agencias gubernamentales y eclesiásticas europeas. Estados Unidos es un actor ausente en esta primera mitad debido a su decisión de apoyar la consolidación del régimen militar, por lo menos en sus primeros años. Si bien la preocupación inicial de los organismos europeos fue ayudar a los ciudadanos extranjeros que se encontraban en Chile al momento del golpe de Estado, estos rápidamente comenzaron a preocuparse de la defensa de los derechos humanos

¹ Es precisamente debido a intercambios tan iluminadores como este que se extraña que el autor haya decidido no utilizar la abundante documentación que el ARNAD conserva de la misma CCHDH, donada hace ya varios años y debidamente inventariada, restringiéndose a citar solo la documentación que se conserva en el archivo privado de dicha comisión, bastante más escasa.

en el país. El autor sostiene que el rol de estos organismos internacionales fue clave, porque empoderaron a los sectores progresistas de las iglesias chilenas.

El Consejo Mundial de las Iglesias, por ejemplo, comenzó trabajando en asociación con el Comité Nacional de Ayuda a los Refugiados, pero a mediados de los años setenta empezó a canalizar la mayor parte de sus recursos hacia el Comité de Cooperación para la Paz en Chile, que era mucho más crítico del régimen. El posterior arribo de dinero de agencias de desarrollo europeas –las cuales decidieron saltarse al gobierno militar y entablar relaciones directamente con los civiles críticos del régimen– favoreció la diversificación de las organizaciones de base y la politización de las mismas. Con el tiempo, esta ayuda monetaria permitió el surgimiento de organizaciones dedicadas a un sinfín de tareas: comedores infantiles, bolsas de cesantes, programas de salud, comités de vivienda, centros de investigación, etc. Bastías presta especial atención a dos movimientos precursores, a saber, las confederaciones sindicales y los familiares de los detenidos desaparecidos. El interés del autor por estos movimientos precursores es bienvenido, pues le permite corregir algunos de los énfasis de la historiografía. Contra la extendida idea de que la protesta antes de 1983 fue fragmentaria y aislada, Bastías muestra que “a partir de 1976 la protesta en Chile se hizo crecientemente sistemática, cohesiva [...]. Pero, fundamentalmente, se hizo progresivamente pública”.

La segunda parte del libro, compuesta de tan solo dos capítulos, aborda los años que van de 1983 hasta 1993. En esta parte, el autor se detiene en la problemática relación entre la sociedad civil y los partidos políticos, tanto a mediados de los años ochenta como durante el retorno a la democracia. Bastías describe la relación de los partidos con la sociedad civil durante la dictadura en términos de “autonomía y cooptación”, criticando a los primeros por sus intentos de instrumentalizar las organizaciones de base y explorando al mismo tiempo las dificultades a las que se vieron enfrentados los activistas de dichas organizaciones, muchos de los cuales eran también militantes de los partidos políticos de la oposición. En este punto, Bastías es heredero de una literatura surgida en Chile precisamente en los años ochenta, la cual enfatizó las tensiones entre los partidos políticos y los movimientos sociales, trayendo a la luz sus intereses muchas veces divergentes. En líneas generales, Bastías observa “un desacoplamiento de los partidos de sus bases sociales y una creciente tendencia a actuar para satisfacer las exigencias de sus aliados internacionales”. Así como la sociedad civil terminó por hacerse dependiente de la ayuda europea, los partidos políticos tuvieron que responder a sus financistas internacionales –la fundación Konrad Adenauer en el caso de los democristianos y la Friedrich Ebert en el caso de los socialdemócratas– y a las exigencias de Estados Unidos que, a mediados de los años ochenta, se desmarcó del régimen y apoyó monetariamente –a través de la USAID y el NED– la campaña del “NO”. El plebiscito, sin embargo, no fue un mero triunfo de los expertos comunicacionales de los partidos de oposición, sino el último momento de interacción fructífera entre dichos partidos y la sociedad civil surgida en dictadura. “Más que una campaña comunicacional” –acota Bastías en su análisis de los meses previos a la votación– “el proceso de registro de electores fue

una tarea colossal que se hizo utilizando la infraestructura organizacional existente en el país”.

El conflicto entre los partidos y la sociedad civil experimentó sus momentos más álgidos durante la transición. Los partidos, ahora a cargo del Estado democrático, relegaron a la sociedad civil a un plano secundario, drenando a las organizaciones no gubernamentales de sus activistas más calificados e instrumentalizando a las restantes. Tras documentar la existencia de una poderosa sociedad civil en los años ochenta, Bastías es enfático en señalar que la escasa participación social en democracia no es “el resultado de una cultura política heredada de la dictadura”. Por el contrario, asegura, la debilidad de la sociedad civil durante los gobiernos postdictatoriales se debió a transformaciones estructurales relacionadas con el cambio de régimen chileno en el contexto de las relaciones internacionales. Por un lado, “la aproximación de los partidos políticos no fue estimular el desarrollo de nuevas organizaciones [...] sino que consistió en capturar las infraestructuras ya existentes para extraer sus recursos simbólicos y organizacionales”. Por otro, “los recursos directamente canalizados hacia la sociedad civil se redujeron a medida que los gobiernos extranjeros y las ONG internacionales restablecieron las relaciones bilaterales con el gobierno chileno”. En definitiva, la sociedad civil perdió poder en relación al Estado. He ahí la tragedia de la transición chilena.

Es una lástima que esta segunda parte sea más breve que la primera, pues en ella se esgrimen los argumentos más provocativos del libro. Los primeros capítulos narran, documentada y convincentemente, el auge de la sociedad civil en dictadura, pero el principal interés del autor está en el declive de la misma en democracia. En su acelerada carrera por explicar esta nueva paradoja, Bastías introduce una serie de elementos –el drenaje de los activistas, la disminución de los fondos extranjeros disponibles, la captura estatal de la mayor parte de estos fondos, la desidia de los gobiernos postdictatoriales ante la sociedad civil, las políticas neoliberales de estos gobiernos– que vuelven confuso el relato. Igualmente problemáticos, en mi opinión, son algunos de los énfasis del autor y su posicionamiento en la literatura relevante. Al explicar la debilidad de la sociedad civil postdictatorial, por ejemplo, Bastías es mucho más enfático en distanciarse de aquellos intelectuales militantes que le cargan todo al “legado dictatorial”, que de aquellos politólogos y sociólogos academicistas que reducen todo al “cambio de régimen”, es decir, aquellos que sostienen que la reactivación de la política democrática conlleva el declive de los movimientos sociales. En su encono con las orgánicas partidarias, además, Bastías no duda en culpar a los partidos políticos por pecados de acción y de omisión. A ojos del autor, la Concertación de Partidos por la Democracia es tan responsable por no haber estimulado el surgimiento de nuevas organizaciones sociales como por haber obstaculizado a las ya existentes. En otras palabras, se responsabiliza a los partidos por cooptación y por abandono.

Más que ahondar en la discusión sobre la transición, siempre contemporánea, quisiera terminar esta reseña reflexionando sobre esta curiosa sociedad civil surgida en dictadura. Bastías centra su atención en el surgimiento de una sociedad civil claramente oposicional, en conflicto con el régimen. Su objetivo es entender el flo-

recimiento de esta sociedad civil “a pesar del autoritarismo imperante”, como acota en la introducción. Sin duda, esto se condice con la narrativa de las fuentes en las que se basa su estudio –los informes de las organizaciones sociales, el discurso de la prensa alternativa, los recuerdos de sus entrevistados–, pero creo que ello es insuficiente, por lo menos, en dos aspectos. Primero, falta hacerse cargo del relato de una dictadura que, temerosa de la opinión internacional, siempre se cuidó de distinguir su “autoritarismo” del “totalitarismo”, para utilizar los términos de la influyente y ultraconservadora Jeane Kirkpatrick. Una dictadura brutal pero legalista, la cual, contra los anhelos del mismo Pinochet, terminó siendo regida por su propia Constitución, como bien apunta Robert Barros, cuya ausencia en la bibliografía es reveladora.

Aunque nos cueste, creo que no es posible seguir pensando el surgimiento de esta sociedad civil solo en oposición a la dictadura. Segundo, es menester definir los contornos de esta sociedad civil más latamente, pues, de no hacerlo, se corre el riesgo que sus fronteras se correspondan casi exactamente con las de la oposición. El peligro reside en hacerse eco del lenguaje de los contemporáneos –específicamente, de una parte de ellos– y circunscribir los límites de la sociedad civil a los que la enarbolaron como “caballito de batalla”, ya sea aquellos que la utilizaron contra la dictadura de Pinochet o aquellos que la utilizaron contra el gobierno de Allende. Pienso que una definición de sociedad civil en dictadura necesita incorporar no solo a los colegios profesionales comprometidos, sino a las timoratas asociaciones gremiales, no solo a las valientes federaciones sindicales, sino a las autocomplacientes organizaciones patronales, no solo a la prensa de oposición, sino a la de derecha, no solo a la Iglesia que apoyó a los familiares de los desaparecidos, sino a la Iglesia en la que comulgaban Ricardo Claro y Jaime Guzmán, pues no hay duda que también la SOFOFA, la *Qué Pasa* y el Opus Dei ejercieron presión sobre el sistema político.

Con todo, *Sociedad civil en dictadura* es un formidable estudio, cuyos puntos altos compensan sobradamente sus debilidades. Por su documentada investigación y sofisticado andamiaje conceptual, está llamada a convertirse en una obra de referencia tanto sobre la dictadura de Pinochet como sobre la transición democrática.

ALFONSO SALGADO
Columbia University